EL IDIOTA

PRINTED IN SPAIN

EL IDIOTA

Drama trágico en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

EMILIO GÓMEZ DE MIGUEL



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 Londres 1913, París 1913, gran premio en la de Buenos Aires 1910, y medalla de plata en la de Barcelona 1929.
Calle de Mallorca, 166 - 168

REPARTO

PERSONAJES

Juana. . . .	40 años	José	25 años
Balbina. . .	18 »	Daniel . . .	21 »
Marcos. . .	19 »	Mosén Isidro.	45 »

La acción en una aldea.—Epoca actual.—Derecha e izquierda, del actor.

A JUAN SANTACANA

¡Salve, esforzado luchador! ¡Salve, Pigmalión de ti mismo...!

En el 14.º centenario de EL IDIOTA, que tú creaste, que tú viviste, que tú plasmaste en todos los teatros de España, un ejemplar de la obra, hecha por ti famosa, se te ofrece impreso.

Extraño es el caso de una obra que se imprime por vez primera en su representación número mil cuatrocientas, pero ello es así, para estar a tono con la genialidad de que tú has rodeado esta creación artística, la más grande de los tiempos que corren.

Hoy el pobre autor, que no sospechó nunca a dónde íbais a llegar la obra y tú, te abraza con la misma ingenua efusión con que lo hizo —siendo principiante— el día que la puso en tus manos. Y se retira luego, empequeñecido ante vosotros, para reunirse con los dos millones de españoles que te han aclamado ante la escena, y batir sus palmas con ellos.

¡Salve, creador! ¡Salve, amigo! ¡Salve, hermano...! Con la más pura emoción de su vida el autor te abraza.

EMILIO GÓMEZ DE MIGUEL

NOTA: El número de representaciones dadas por Santacana a EL IDIOTA, en el momento de aparecer esta nueva edición, asciende a la cifra exacta de 2.106.

EL IDIOTA

DECORACION PARA LOS TRES ACTOS

Portal (zaguán y cocina) de una modesta casa de labranza en un pueblo. — Puertas: Una en el foro derecha (de calle); otra en el foro izquierda (un amasador); otra, en primer término izquierda (cuarto de dormir); y otra, en segundo izquierda, al final de la escalera, que lleva a las habitaciones altas. — Mesa, aperos de labranza, un hogar con chimenea en primer término derecha... — De día en los dos primeros actos. De noche en el último.



ACTO PRIMERO

Juana y Balbina, junto a una mesa, cosen. La primera va de luto riguroso.

JUANA — A fin de semana tendremos que echar la cuenta de lo que me has ayudado, Balbina.

BALBINA — No tenemos que echar ninguna, señora Juana. No vale la pena.

JUANA — Sí que vale, hija mía.

BALBINA — Porque cada tarde venga aquí un rato, a repasar con usted la ropa y a hacerle compañía, ¿me lo va a pagar? No, señora, ¡por Dios! Yo estoy muy contenta viniendo; y luego mi padre se enfadaría mucho.

JUANA ¿Iba a enfadarse por eso tu padre?

BALBINA ¡Ya lo creo! No faltaba más... ¿Qué le parece esta camisa? ¿Le cambio los puños o le zurzo bien los que tiene?

JUANA A ver... Sí, habrá que cambiárselos. Pero no lo hagas tú; déjámela aparte, para luego.

BALBINA ¿Y por qué no lo hago yo? A no ser que usted piense que lo voy a dejar mal...

JUANA ¡Qué cosas tienes, criatura!

BALBINA Algo de experiencia tengo, que en casa nadie arregla ni cose la ropa más que yo. Claro que sólo tengo a mi padre; pero una persona sola, también da trabajo. Así es que déjeme usted las tijeras, que los corto.

JUANA Toma... Nunca te pagaré esto bastante, Balbina; y más que nada, la compañía que me haces. ¡Estoy tan sola en esta casa...!

BALBINA Como yo en la mía. Por eso nos unimos dos solas y nos acompañamos. Desde muy pequeña, que me quedé sin madre, solitos hemos vivido siempre mi padre y yo.

JUANA Pero ¡qué diferencia de tu soledad a la mía! Por aquí, por esta casa —y no hace mucho— ha pasado la muerte.

BALBINA Es verdad.



Juan Santacana, en su admirable caracterización de la obra

JUANA Y ¡qué muerte, Dios mío, qué muerte! Aquel marido mío, tan bueno, tan honrado, tan noble...

BALBINA Vamos, señora Juana...

JUANA Lleno de salud y de vida, con amigos por todas partes; que todos le querían; que nadie hubiera puesto la mano encima de él por nada del mundo... ir a morir así, de una manera tan horrorosa, tan cobarde, tan tontamente asesinao... *(Llora.)*

BALBINA No llore usté, señora Juana. Si ya no puede hacer nada por él...

JUANA ¡Pobre José! ¡Pobre José mío. *(Pausa.)*

BALBINA ¿Están así bien cortados los puños?

JUANA ¿A ver? Sí. Ahí tienes tela para hacer los nuevos: en la cestilla.

BALBINA *(Buscando.)* ¿Aquí? No la encuentro.

JUANA Digo, no: en la cómoda. Si no sé dónde tengo la cabeza. Ahora voy yo.

BALBINA No se mueva usté, señora Juana. Si le parece, cortaré el faldón de esta otra vieja, y sacaré de aquí otros puños; o me pondré a repasar otra cosa.

JUANA Como quieras, hija.

BALBINA Sí, sí... ¿Y los chicos?

JUANA Durmiendo un poco. Salieron de casa a las dos de la madrugada y no han vuelto hasta las tres de la tarde: trabajando en el campo todo el día. Y

después de comer han dicho, dice: «Vamos a echarnos un rato hasta la tardada.» Y se han echao... No tardarán ya a levantarse.

BALBINA Son muy buenos. Con usté parece que se portan muy bien.

JUANA Como si fuera propiamente su madre.

BALBINA No ha sido mala suerte, por eso.

JUANA No lo ha sido. Yo me casé con el pobre que ha muerto, siendo ya viudo, como tú sabes, y con esos dos hijos y el otro, hechos unos mozos como castillos... Algunos me decían: «No te cases con un viudo así. Tendréis muchos disgustos.» Pero se han equivocao. No hemos tenido más que el grande, el horroroso de haber muerto así mi pobre marido.

BALBINA Ya, ya. Y los hijos de él le dijeron a usté, claro, que siguiera en esta casa.

JUANA En seguida. Tanto José como Daniel, me lo suplicaron con lágrimas en los ojos; que me quedara con ellos, que me quedara, que ya toa la vida les haría de madre. Y me he quedao.

BALBINA Ha hecho usté bien.

JUANA Y conmigo se portan como si fueran propiamente mis hijos.

BALBINA Son buenos de por sí. En el pueblo

les aprecian todos mucho: como apreciaban y querían al otro.

JUANA — No hablemos del otro, Balbina; no hablemos.

BALBINA — Tiene usté razón.

(Por la escalera, José, tipo altanero y achulado.)

JOSÉ — Buenas tardes.

JUANA — Hola, hijo mío.

BALBINA — Muy buenas, José.

JUANA — ¿Has podido dormir?

JOSÉ — Como un leño, desde que me eché. Me voy ahora a la plaza con los otros mozos. Si ocurre algo, estoy en las Cuatro esquinas.

JUANA — Bueno, hombre. ¿No te quedas un rato a hacernos compañía?

JOSÉ — No puedo, Juana. ¡Si me debí levantar antes! Tengo que hablar con Quirico, sobre aquello de la viña.

JUANA — A ver si te comprometes.

JOSÉ — No tenga usté cuidado: es un cobarde.

BALBINA — Pues ¿qué pasó?

JOSÉ — Nada: que soltó los toros en una viña nuestra y me hicieron un destrozo tremendo... El dice que se le escaparon; a mí me parece que fué con intención.

BALBINA — Y lo sería.

JUANA — Pero déjalo. No le busques ahora camorra.

JOSÉ — Es que tiene que pagármelas de un modo u otro.

BALBINA — ¡Por Dios, José!

JUANA — Más valdría que te estuvieses con nosotras: sería el medio más seguro de que no te pelearas con el tal Quirico.

JOSÉ — Si no quiere usté que busque camorra, no la buscaré, aunque sea contra mi voluntad; pero ir a la plaza, voy.

JUANA — Pues anda, hombre. Hasta luego.

JOSÉ — Adiós, Juana. Adiós, Balbina. *(Mutis foro derecha.)*

BALBINA — Adiós. Y que no se te olvide lo que te ha dicho tu madre.

JOSÉ — Bueno.

BALBINA — Es muy buen chico.

JUANA — Mucho. Lo único que tiene es que no para en casa.

BALBINA — ¿Y no la llama a usted «madre»?

JUANA — Nunca. Así como Daniel me lo llama siempre, este jamás: ni en vida de su padre.

BALBINA — Qué raro, ¿verdad?

JUANA — Es una costumbre como otra cualquiera. Además, después de estar quince años sin madre, es muy duro de buenas a primeras dar ese nombre a otra mujer, al fin y al cabo extraña.

BALBINA — Sí que lo es. A mí me pasaría lo mismo, si ahora se casara mi padre.

JUANA — Muy natural. *(Se levanta.)* Voy aquí un momento. *(Mutis por la derecha. Por la escalera, Daniel.)*

DANIEL — *(Tipo menos serio y hosco que su hermano. Le domina la avaricia.)* Buenas tardes, Balbina. ¡Qué sola estás!

BALBINA — *(El muchacho le interesa.)* Sola, Daniel.

DANIEL — ¿Y mi madre?

BALBINA — Ahí acaba de entrar.

DANIEL — ¿Y mi hermano?

BALBINA — A la plaza se ha ido con los otros mozos. Dice que está en las Cuatro esquinas.

DANIEL — Pues me han dejado libre el terreno.

BALBINA — ¿El terreno?

DANIEL — ¡Ja, ja! Sí, mujer. Ya sabía yo que estabas aquí. Y venía con la intención de... vamos, con la intención de eso.

BALBINA — De eso, sí. Enterada. ¡Ja, ja!

DANIEL — ¿Verdá que me explico?

BALBINA — Y bien; sí, señor.

DANIEL — ¡Que sabe uno, Balbina, que sabe uno!

BALBINA — Eso. ¡Ja, ja, ja!

DANIEL — ¡Con las ganas que yo tenía de que hablásemos solos!

BALBINA — ¿Para qué?

DANIEL — Para que no se enterase nadie de... de lo que te he dicho, vamos.

BALBINA ¡Ah!, pero... ¿me has dicho algo, Daniel? ¡Ja, ja!

DANIEL Sí, mujer. ¿Es que ya te se ha olvidao? *(Ríen.)* Precisamente yo no me ando nunca con rodeos, que a la mujer y al dinero hay que ir derecho. Porque tú fueses mi novia...

BALBINA Ahora, ahora. ¡Ja, ja!

DANIEL Daría to lo que tengo: las viñas y los campos que me toquen, las ropas y los muebles: todo.

BALBINA Pues para hacer tú eso, Daniel...

DANIEL Es que quiero de veras, Balbina.

BALBINA Sí, sí.

DANIEL Y tú ¿qué dices a eso? ¿Qué contestas?

BALBINA Que se lo diré a mi padre, y si el señor Lorenzo quiere...

DANIEL Entonces...

BALBINA Entonces... sí. *(Ríen.)*

DANIEL A ver si entra en esta casa la alegría, que ya le hace falta. Yo creo que aquí hasta el sol, cuando entra, se nos vuelve sombra. Así andamos de huídos y tristes, como almas en pena. ¡Malhaya...!

BALBINA No maldigas, Daniel.

DANIEL ¡Haber asesinao de aquella manera a mi padre...! *(Suena una campana lejana...)*

BALBINA Calla, ¿no oyes? Están tocando al rosario. Me voy.

DANIEL ¡Ja, ja! ¡Tonta, si tocan a salir!
BALBINA No, hombre, que es a entrar. Y estoy haciendo una novena.
DANIEL ¿Para qué, Balbina? ¿Para que tenga más onzas de oro tu padre?
BALBINA Para eso no se reza, hombre.
DANIEL Pues entonces... ¿para encontrar novio?
BALBINA Para eso... sí. ¡Ja, ja!
DANIEL Pues no tienes que seguirla. Con quedarte aquí...
BALBINA No, hombre, que me voy.
DANIEL ¿Por qué?
JUANA *(Entra por la derecha, muy asustada.)* ¡Hijos míos!
DANIEL ¿Qué pasa, madre?
JUANA Por la ventana del amasador, he visto que José viene corriendo. ¡A ver si ha reñido con Quirico! ¡Válganos Dios!
DANIEL ¿Por qué ha de reñir? *(Van al foro.)*
BALBINA ¡Señora Juana, por Dios...!
JUANA ¡Hijo mío! *(José por el foro.)* ¡José!
DANIEL ¡José!
JOSÉ Pero ¿no os habéis enterao de la noticia? ¿No sabéis lo que pasa en el pueblo? Cerrad esa puerta.
DANIEL ¿Qué ocurre?
JOSÉ *(Cerrando él. Es la del foro.)* Así. ¡Cerrada! Aquí no entra.

JUANA ¡José!

BALBINA ¡Dios mío!

DANIEL Pero ¿quién no va a entrar?

JOSÉ ¿Quién va a ser? ¿No os lo figuráis?

JUANA ¿Quirico? ¿Has reñido con él...? ¿Le has apuñalao, quizá?

JOSÉ No es Quirico.

DANIEL Pues ¿quién?

JOSÉ ¡Marcos!

JUANA ¡Oh!

DANIEL ¿El?

BALBINA ¡Dios mío!

JOSÉ Marcos, sí. Nuestro hermano maldito: el imbécil, el idiota... el que sin más ni más, porque sí, mató a nuestro padre.

JUANA ¿El...? Pero ¿cómo se ha escapao...?

BALBINA ¿De la cárcel?

JOSÉ No estaba en la cárcel. Desde hace seis meses que lo absolvió la Justicia, por tratarse de un idiota; estaba en una casa de salud, y de allí se ha escapao... Y ha venido al pueblo, y va de puerta en puerta, llorando delante de toas, hasta que se atreva a venir a la nuestra. Pero aquí... está aún la sombra del muerto, y aunque su hijo sea y no haya luz en su razón... aquí ¡no entra!

DANIEL ¡No!

JUANA ¡No!
BALBINA ¡Pobre Marcos!
JOSÉ ¡No entra!
JUANA Que no lo vean mis ojos. Se me representa el pobre José, tendido en el suelo, y el idiota a su lao, sin saber lo que hizo, encogiéndose de hombros a las preguntas, mientras del cuerpo de aquel hombre bueno y honrao salía a borbotones la sangre sin tener que salir, y se escapaba el aliento sin tener que escaparse, y... moría como nadie ha muerto en el mundo, sin razón, sin motivo, sin saber por qué... *(Llora.)*
DANIEL ¡Madre...! *(Va también a ella.)*
BALBINA ¡Señora Juana...! *(La abraza.)*
JOSÉ *(Sin moverse.)* Vamos, no llore usté. *(Llaman en la puerta del foro.)*
DANIEL ¿Qué?
BALBINA ¿Será mi padre?
JUANA Mira a ver, José.
DANIEL Si es Marcos, cierra la puerta en seguida.
JOSÉ ¿Quién va?
ISIDRO *(Dentro.)* Yo.
JOSÉ ¿A qué vendrá este hombre? *(Abre la puerta y entra mosén Isidro.)*
ISIDRO Buenas tardes.
BALBINA Buenas tardes.

ISIDRO Venía a llamar a vuestro corazón, y he tenido que llamar antes a vuestra puerta, sin ser aún de noche. Eso me dice que habéis cerrado para que yo no pudiera llegar a vosotros.

DANIEL No se canse usté, mosén Isidro.

ISIDRO ¿De qué no he de cansarme, muchacho?

JOSÉ Sabemos a lo que viene: Marcos se ha escapao de la casa de salud.

ISIDRO Y las puertas del cielo se le cierran todas; no van a ser como todas las puertas de esta casa.

JUANA ¿Va a tener aún casa el asesino?

JOSÉ No es esta la suya.

ISIDRO Sí que lo es, porque tiene dos: la vuestra y la mía.

DANIEL Pues aquí no lo queremos, mosén Isidro.

ISIDRO Sois vosotros precisamente los que habéis de tenerlo. Es un montón de carne, sin inteligencia ni raciocinio, pero... es una criatura puesta por Dios en el mundo, y hay que alimentarla y hay que quererla.

JUANA Olvida usté que mató a mi marido.

DANIEL A nuestro padre.

JOSÉ Eso.

ISIDRO ¿Y supo él lo que hacía? En sus manos un puñal cometió un crimen, sí,

pero sus ojos y su razón estaban vendados; lo clavó en el cuerpo de un hombre, y resultó ser su padre; igual podo clavarlo en el cuerpo de otro, o en el suyo mismo.

DANIEL Bien supo él que mataba a nuestro padre si, como todos creemos, lo mató porque acababa de reñirle.

ISIDRO ¿Y cuántas veces no os riñó a vosotros y no pensasteis en nada de eso...? Porque vosotros podéis pensar y no pensar en una cosa, pero él no piensa en nada: hirió ciegamente. Los hombres en sus tribunales lo han absuelto; si viniese al de la penitencia, yo, en nombre de Dios, lo absolvería también. No vais a ser más vosotros que los jueces, que yo y que Dios.

JOSÉ ¡Pues no lo queremos en casa, ea!

ISIDRO Tú eres el hermano mayor, y esa criatura necesita un padre; tú has de hacerle de padre al idiota.

DANIEL Está usté muy equivocao, mosén Isidro.

ISIDRO Y tú, mayor que él también, obligado vienes a que ese infeliz no se quede en la calle. Sois sangre de su sangre.

JUANA Si aunque ellos lo admitieran, había de rechazarlo yo con toda mi alma.

ISIDRO ¡Tú!

JUANA El muerto era mi esposo, mosén Isidro.

ISIDRO Mejor que mejor para perdonarle en nombre del muerto, que tanto era tuyo. Si en lugar de madrastra, fueses su madre, ¿no le perdonarías? Pues cuando el pobre José y tú subisteis al altar para que os casase yo, al daros mi bendición... les di a esos hijos madre. Así es que mueve tu corazón y el de los demás para acoger a ese pobre muchacho, siquiera unos días, hasta que vengan a reclamarlo de la casa de salud. Mirad cómo él se escapó de allí, y pueblo tras pueblo, vino hasta el suyo. Mirad cómo ya en el pueblo, casa tras casa, hasta la suya venía. Tal vez tiene algo de luz en el alma, que alumbra sus pasos. De fijo que el infeliz siente una sed que en la casa de salud nadie le calmaba: sed de caricias, de cariño; y viene a los suyos, no a que le perdonen —que él no entiende de eso de perdón— sino a que le mimen y le quieran. *(Pausa.)* Vamos, ¿qué contestáis? ¿No decís nada? Pues yo entiendo el silencio como conviene a

los desgraciados. *(Va al foro.)* ¡Marcos...! ¡Marcos...!

JUANA ¿Qué hace usté?

ISIDRO *(Sin hacerle caso.)* ¡Marcos...! Entra, hombre, entra... Ven. *(Entra Marcos, el idiota.)* Ya estás en tu casa... Esta es tu casa.

MARCOS ¡Oh, oh, oh!

ISIDRO Sí, hombre.

MARCOS Mi casa, mi casa... ¡Oh, oh, oh!

ISIDRO *(Por José.)* Ahí tienes a tu hermano mayor.

MARCOS *(Yendo a él con los brazos abiertos.)* ¡Jo... José... José! *(José le vuelve la espalda.)* No, no... *(Vuelve a Isidro.)*

ISIDRO Tu otro hermano, Daniel.

MARCOS Sí, sí; Daniel. *(Alegrándose como antes, va a él.)* ¡Dan... Daniel! *(El otro lo recibe lo mismo.)* Tam... tampoco, mosén Isidro, tampoco.

ISIDRO Pues a tu madre: sus brazos sí se abrirán para ti.

MARCOS *(Yendo a ella.)* ¡Ma... madre! No llore, no llore... *(Se acerca y la acaricia, porque se echó a llorar al oir las palabras últimas del cura. Pero, de pronto, reacciona en su odio y lo rechaza violentamente.)* ¡No... mosén Isidro...!

ISIDRO *(Por Balbina.)* ¿Y aquella? ¿No la conoces...? Es la Balbina.

MARCOS ¿La... la Balbina?

ISIDRO Sí, hombre.

BALBINA Sí, Marcos: la hija del señor Lorenzo.

MARCOS ¡Ah! Sí, sí, sí... ¡Ju, ju, ju! ¡La Balbina!

BALBINA ¿Te acuerdas ya, eh?

MARCOS Sí, sí, sí.

BALBINA *(Acariciándole.)* ¡Pobre Marcos! ¡Hacía mucho tiempo que no venías!

MARCOS ¡Ju, ju, ju...! Mosén Isidro, me quiere ésta... Me quiere, ¡ju, ju, ju!

ISIDRO ¿Verdad que sí?

MARCOS Sííííí... sí. Esos malos... no me quieren, no, no me quieren.

ISIDRO Es porque hiciste una cosa muy mala.

MARCOS ¿Yo?

ISIDRO Sí. Una cosa muy mala, que nadie la hace.

MARCOS No... no me acuerdo.

ISIDRO Un día tú...

JUANA Bueno, mosén Isidro: no saque a relucir nada ahora.

JOSÉ Tiene razón, Juana.

DANIEL Dice bien la madre.

ISIDRO *(Fiel a su propósito, después de mirarlos a todos.)* Un día tú... cogiste un cuchillo...

MARCOS ¿Un cuchillo...? *(Recordando.)* Sí, sí; un cuchillo.

ISIDRO Y porque tu padre acababa de reñirte...



Tu padre te riñó por haber roto el aparejo de una caballería

MARCOS ¿Qué, qué...? ¡Oh, oh, oh!

ISIDRO Porque acababa de reñirte tu padre... aquel cuchillo que no debiste coger nunca... se lo clavaste en el pecho. Así: ¡bum!

MARCOS No. Yo, no... No, no, no, no, no, no... ¡Yo, no!

ISIDRO Sí, hombre; es que no te acuerdas... ¿Dónde está, si no, tu padre? A ver: pregunta por él; que lo hagan salir. No saldrá.

MARCOS No... Yo, no... ¡No, no, no, no!

ISIDRO Oyeme, mira: te había reñido mucho por la mañana, porque perdiste no sé qué y rompiste el aparejo de una caballería, y aquella misma tarde, tú, que estuviste huyendo de él todo el día, y mirándole así de reojo... al ver que tu padre bajaba por esa escalera, saliste del amasador, de ahí, con un un gran cuchillo. Tu padre, tranquilo y confiado, se fué a la puerta, y allí se quedó, viendo la gente que iba por la plaza. Entonces tú, con el cuchillo en la mano, te llegaste sin ruido hasta él, y cuando estuviste allí, él se volvió, y tú... ¡zas!, se lo clavaste en el pecho. Tu padre cayó a tierra, y se quedó envuelto en sangre, abriéndote los brazos, y mirándote fijo, fijo,

fijo con sus ojos quietos... ¿te acuerdas?

MARCOS Sí, sí... ¡Ah, ah, ah! Yo lo maté, yo... Pero no quise matarlo... No sé... No... Yo no... Yo...

ISIDRO Te riñó, ¿verdad?

MARCOS Sí, me riñó. Y luego... sí: aquellos ojos me miraban, me miraban mucho... ¡sin moverse! Mosén Isidro... los llevo aquí *(Cerebro)*, aquí dentro... Aún me miran... ¡Oh, qué miedo... qué miedo...! No... ¡yo no lo maté! No, padre, no. *(Se abraza al cura como si le persiguiese el muerto.)* Hay sangre en el suelo... *(Lo toca.)* Sí, sí... Llevo manchadas las manos, ¿verdad? Mire usté, sí... *(Le coge las suyas.)* Sí, sí... *(Llora lúgubremente.)* ¡Ju, ju... ju! Luego él llamaba: Joséééé... Juanaaaa, hijos míoooos. ¡Oh, oh! ¡Los gritos! ¡Aquí, aquí están! Y el cuchillo ensangrentado se me cayó de las manos: ¡pum! hizo en el suelo... Y aquí me resuena... No, no: padre mío, no me mires, no... ¡Oh, oh! Esos ojos, esos ojos... Me miran. ¿Qué? ¿Qué? No... ¡Ay! *(Se abraza, aterrado, al cura.)* Madre, madre... ¡José! ¡Daniel! ¡Ay! No... ¡Ju, ju, ju, ju! No hay nadie... ¡Ju, ju, ju! Sí... Ellos... ¡Ay...! ¡Ay! *(Corre atemorizado por la escena.)*

ISIDRO ¡Marcos! ¡Marcos!

JUANA ¿Por qué ha traído usté esto?

BALBINA ¡Dios mío!

JUANA Va a darle un ataque.

ISIDRO ¡Marcos! *(Lo coge.)* Ven aquí, hombre. *(A los otros.)* Mirad si no es digna de compasión esta criatura... *(Le acaricia.)*

MARCOS *(Soltándose.)* ¡No, no, no...! Me siguen, me siguen... ¡Madre, madre, madre...! ¡Ay...! ¡Ay...! *(Mutis dando espantosos gritos por la escalera.)*

JUANA ¡Santo Dios! ¿Y vamos a tener estos gritos siempre?

DANIEL Comprenda usté, mosén Isidro, que con sus gestos y sus voces nos pondrá siempre el idiota delante de los ojos el cadáver de nuestro padre.

ISIDRO ¿Y qué mayor orgullo para vosotros que esté viva siempre la sombra del muerto entre sus hijos?

JUANA ¿Qué hará arriba ahora?

JOSÉ Voy a ver.

JUANA *(Comprendiendo.)* No, José. Déjalo.

ISIDRO El bajará. Cuando recorra la casa y se le vaya el dolor que le ha producido el recuerdo de todo, él bajará, y lo tendréis a vuestro lado como un cordero.

BALBINA ¡Pobrecillo Marcos! Recójanlo ustedes... ¿Qué va a ser de él, si no?

Por tu parte, Daniel, haz lo que te pido para ese desgraciao.

DANIEL Es que es muy duro y muy triste, Balbina.

JUANA Sí que lo es.

JOSÉ Y tanto.

ISIDRO Pues dejadlo. De vuestra casa, que es la suya, aunque haya hecho lo que ha hecho, ¿lo despedís? Pues yo lo recogeré en la mía... *(Va a la escalera.)* ¡Marcos! ¡Marcos!

JUANA Ya nos lo quedaremos, mosén Isidro. Déjelo usté. ¿No os parece? *(A los otros.)*

JOSÉ A mí... muy mal me sabe; pero lo que usté quiera.

JUANA Y tú, Daniel, ¿qué dices?

DANIEL Yo... que sí también, madre: que se quede.

ISIDRO Hacéis bien, y os lo premiará Dios. Si hubiérais perdonado a otro cualquiera, ¿por qué no a este, que es vuestra sangre y es, además, tan desgraciado? Así, pues... quede con vosotros en olvido y en perdón, ¿no es eso?

JUANA Sí, señor.

ISIDRO Pues yo me felicito de tener en mi parroquia tan buenos cristianos... Ahora me voy, que tocaron al rosario

hace rato y estarán esperándome. ¿Vienes, Balbina?

BALBINA Sí, mosén Isidro: a seguir mi novena.

ISIDRO Pues vamos... Adiós, Juana, y vosotros. Que paséis buena noche. Mañana vendré a ver si ese infeliz está tranquilo y si le vais cobrando aprecio.

JUANA Adiós, mosén Isidro.

JOSÉ Adiós.

DANIEL Usté lo pase bien.

BALBINA Adiós, Daniel.

DANIEL Adiós, Balbina.

BALBINA Hasta mañana por la tarde, señora Juana.

JUANA Hasta mañana, hija. *(Mutis Isidro y Balbina por el foro.)*

DANIEL *(En el foro.)* Adiós...

JUANA Y bien, hijos: ¿qué vamos a hacer con ese?

JOSÉ Mandarlo al asilo cuanto antes.

DANIEL Ni más ni menos.

JOSÉ No queremos estorbos en casa.

DANIEL Eso.

JUANA ¿Qué estará haciendo allá arriba?

DANIEL ¡Déjelo usté! ¡Cuanto menos lo veamos, mejor!

JOSÉ Tenemos que deshacernos de él en seguida: es una vergüenza para todos.

JUANA Más que eso, una amargura y un dolor

muy grandes. Y tú, Daniel, ¿qué? ¿Te has declarao ya a la Balbina?

DANIEL Sí, madre.

JUANA Y ¿qué te ha dicho?

DANIEL Que por ella, bueno. Que se lo preguntaría a su padre.

JUANA Y el señor Lorenzo dirá que sí... Me alegro, Daniel. Es una buena chica.

DANIEL Y su padre... tiene muchas onzas de oro.

JUANA Pero ¿es por las onzas de su padre, por lo que tú la quieres?

DANIEL No; pero todo es bueno. Ya sabe usté mi afán, desde que era así de chiquitín: ser rico, tener mucho dinero, unas arcas muy grandes, llenas de oro y de billetes.

JUANA Pues lo conseguirás, si eres ahorrativo y ambicioso como ahora. Y tú, José, ¿no vuelves a hablar con la Antonia?

JOSÉ No.

DANIEL Tonto sería de seguir con ella, siendo tan pobre.

JOSÉ A mí no me importan los dineros. He reñido con ella porque su tío y sus hermanos querían dominarme, y a mí no me domina nadie.

JUANA Y ¿qué culpa tiene ella de que su tío y sus hermanos sean como son?

JOSÉ Aunque no la tenga, no quiero ha-

blar con ella, y se acabó. Ni con ella ni con ninguna otra mujer... Y ya sabe usté que en cosas mías, no quiero que nadie se meta.

JUANA Bueno, hombre; pues no nos meteremos.

JOSÉ Pues ya lo saben.

(Oyese arriba, se supone que en las habitaciones altas, un ruido como de algo que cayese al suelo.)

JUANA ¡Dios mío! ¿A ver qué le pasa a Marcos?

JOSÉ Yo no doy un paso por él.

DANIEL Ni yo.

JUANA *(En la escalera.)* ¡Marcos...!

JOSÉ Que vaya ella, si quiere.

DANIEL Hombre, José, le das muy malas contestaciones a la madre. *(Juana hace mutis escalera arriba.)*

JOSÉ Y a ti ¿qué te importa?

DANIEL Bueno, hombre, bueno... Se te ha hecho un genio de poco tiempo a esta parte... No te vamos a poder hablar.

JOSÉ Mejor.

DANIEL Y no sé por qué será. Ninguno te hemos hecho nada.

JOSÉ ¿Quieres saber por qué? Porque hay dentro de mí un ansia que no la puedo calmar, y un afán y un querer

que me secarán la cabeza de tanto pensar, y el pecho de tanto suspirar y sufrir.

DANIEL ¿Tú?

JOSÉ Yo, yo.

DANIEL Pues ¿qué te pasa?

JOSÉ Que estoy enamorao como un loco.

DANIEL ¿De quién?

JOSÉ De ella.

DANIEL ¿De nuestra madre?

JOSÉ No es nuestra madre. *(Viéndole asombrado y mudo.)* Conque ya lo sabes; pero que no te se escape ni una palabra... Estoy loco, Daniel, y soy capaz de cualquier cosa. *(Por la escalera, Marcos.)*

MARCOS *(Lleva en las manos un retrato, que lo esconde cuando ve a sus hermanos.)* ¡Oh, oh, oh!

DANIEL ¿Qué llevas ahí?

MARCOS ¡Oh, oh, oh! Nada.

DANIEL ¿Cómo que nada? A ver si es dinero...

MARCOS No... Nada.

JOSÉ Déjalo, Daniel. Que se vaya a un rincón.

MARCOS Ma... malos. No me quieren, no. *(Va a primer término izquierda y se sienta en el suelo.)* ¡Oh, oh, oh! No miréis, no... *(Saca el retrato, ríe y lo besa. Los otros le espían.)* ¡Ju, ju, ju! Mi padre... Es mi padre... ¿Yo? ¿Le maté yo? No; no

me acuerdo... ¡Ju, ju, ju! ¡Padre ¡Padre! ¡Padre...! Pero tú no me querías, no. Me reñías mucho... desde aquel día, desde aquel de la boda... ¡Sí, sí, sí! *(Le riñe a él.)* Pero yo te quiero. *(Lo besa.)* ¡Ju, ju, ju...! ¡Mi padre...!

JOSÉ ¿Qué es eso?

MARCOS *(Ocultándolo.)* Nada.

JOSÉ ¿Y eso que te escondes?

MARCOS Nada.

DANIEL ¿Te subiste a alguna parte para cogerlo, eh? Si oímos cuando se cayó la silla, o te caíste tú.

MARCOS No, no...

JOSÉ A ver. *(Se dispone a registrarlo.)*

MARCOS ¡Dé... déjame! ¡Ay, ay, ay...!

DANIEL Calla.

JOSÉ *(Quitándoselo.)* ¡Ah! ¿Conque esto...? ¿Un retrato de nuestro padre? ¿Y para qué lo quieres? ¿Lo mataste y ahora lo besas? ¡Criminal!

DANIEL ¡Asesino!

MARCOS No, yo no...

JOSÉ ¡Quita, idiota del demonio...!

MARCOS ¡Dámelo, dámelo...! ¡Oh, oh, oh...!

JOSÉ *(Empujándolo.)* Vete de aquí.

MARCOS Jo... José... ¡Malo!

DANIEL A echarlo fuera.

JOSÉ Ni más ni menos... Mira, Daniel y yo

nos subimos arriba; pues cuando bajemos ya no te queremos ver aquí.

MARCOS No, no...

DANIEL Por esa puerta, ¡a la calle!

MARCOS No...

JOSÉ Y no sólo de aquí, sino del pueblo has de salir. Te vas muy lejos, ¿lo oyes?, ¿lo oyes? *(Dándole puñadas.)*

MARCOS ¡Ay, ay, ay...!

DANIEL *(Lo mismo que José.)* Calla, que se va a enterar la gente...

JOSÉ Calla.

MARCOS ¡Ay! No me echéis, no... ¡Ay, ay!

JOSÉ Te vas al bosque, o a la montaña: a que se te coman los lobos.

DANIEL Eso.

JOSÉ Y si no quieres irte...

MARCOS ¿Qué...? No, no.

JOSÉ Si no quieres irte, ahí detrás hay una escopeta que te llevará más lejos, porque te llevará al otro mundo.

MARCOS ¡Ay!

DANIEL Conque... ya lo sabes.

JOSÉ Vamos arriba, Daniel. *(Mutis ambos por la escalera.)*

MARCOS *(Llorando.)* Me... me echan... No, no me voy. Pero me... me matarán... ¡Uh, uh, uh! Padre, padre... Ahí caíste muerto. Los ojos, otra vez los ojos... Yo quiero estar aquí... ¡Madre! ¡Ay, ay, ay!

Me echan, ¡malos...! Me han quitao a mi padre, me lo han quitao... ¡Y me matarán a mí! ¡Uh, uh, uh...! Adiós, adiós a todo... Me voy, sí, sí, sí... Me voy... Adiós... *(Va al foro, doliéndole mucho despedirse de todo. Por la escalera, Juana, que lo sorprende.)*

JUANA ¡Marcos! ¿Adónde vas?

MARCOS *(Va a abrazarla.)* ¡Madre... madre!

JUANA Quita: no me abraces... Tú no eres mi hijo. ¿Adónde ibas?

MARCOS Me... me echaban.

JUANA ¿Quién?

MARCOS José... Daniel...

JUANA ¿Por qué?

MARCOS Por... que tenía a mi padre... guardao aquí dentro.

JUANA Después de matarlo, ¿eh? *(Cierra la puerta del foro.)*

MARCOS No... no lo quise matar, madre...

JUANA Vamos a ver, ven aquí. *(Se sienta.)* Solamente mereces compasión... Ven aquí conmigo... ¿Por qué mataste a tu padre? Di, ¿por qué?

MARCOS *(Sentándose en el suelo a sus pies.)* ¿Que por qué? ¡Uh, uh, uh!

JUANA Sí, vamos a ver.

MARCOS Pues mi... mi padre... me quería mucho, y se casó contigo, y... ya no me quería tanto, y yo... tenía mucha ra-

bia de que no me quisiera tanto, y... y... se había casao contigo... y me quería menos: me quería menos... Antes... al verme por cualquier sitio... me decía: «¡Hola Marcos, hola Marcos; este es mi Marcos, que yo lo quiero mucho.» Y me besaba aquí, y aquí... *(Ríe.)* ¡Ju, ju, ju, ju...! ¡Qué contento, qué contento! Pe... pero después... se casó contigo... y me veía por cualquier parte... y me decía unas veces «Hola, Marcos», y otras «Hola» nada más. Y a los pocos días «¡Quitá allá!», «¡Vete de aquí, imbécil...!» Y yo... yo... *(Llora.)* ¡Uh, uh, uh! Lloraba mucho, mucho...

JUANA Bueno, bueno, déjate ahora de lágrimas.

MARCOS Todas... las caricias eran para ti... y en vez de besarme a mí, te besaba a ti... y en vez de abrazarme a mí, te abrazaba a ti... Y todo era para ti, cuando antes... antes había sido todo para mí. Entonces yo...

JUANA ¿Te se metió en la cabeza matarnos, ¿eh?

MARCOS No... Entonces yo... me acordaba mucho... de mi madre; sí, de mi madre, que siendo yo pequeño... se la llevaron... al Monte Alto, a enterrarla en

un hoyo... *(Llora.)* ¡Uh, uh, uh! Y... y... aquélla sí que me quería, aquélla sí que me quería... *(Ríe.)* ¡Ju, ju, ju! Conque... siempre que mi padre me reñía, me amenazaba... iba yo corriendo a rezarle a mi madre allí, al Monte Alto... y saltaba las tapias... del cementerio... y llegaba al rincón donde la habían enterrao... y escarbaba la tierra... para ver si la encontraba y darle un beso... Pero no la encontraba, ¡uh, uh!, estaba muy honda. *(Juana llora en silencio.)* Y aquel día... aquel día... mi padre me riñó por la mañana mucho... y me pegó; ¡me pegó, me pegó!, que nunca lo había hecho; y yo... fuí a contárselo todo a mi madre... y se lo conté... y vine a casa... y mi padre me dijo: «¿De dónde vienes, animalejo?» Y yo... me callé, y me iba sin decirle una palabra. Entonces... entonces... me cogió así...

JUANA — Basta, Marcos, no sigas...

MARCOS — ¿Por qué no...? ¿Por qué no...?

JUANA — Pues sigue. Acaba de una vez. ¡Cuánto sufro, Dios mío...!

MARCOS — Me cogió así... y dijo: «Como vuelvas otra vez, me... me...» Y un pecao

muy grande... «Como vuelvas otra vez, me... me...» ¿Sabe usted en quién?

JUANA ¿En Dios?

MARCOS Más aún: ¡en mi madre!

JUANA ¡Oh!

MARCOS Y yo... no dije nada, y aguardé un rato... a verlo descuidao... y cogí un cuchillo... y se lo clavé, ¡se-lo-cla-vé! Había, había insultao a mi madre, y ella... ella que estaba en el hoyo... no podía defenderse, y mis hermanos no iban nunca a verla... y yo sí, yo sí, yo sí... Y yo la defendí, y yo maté a aquel hombre, que ya no era mi padre, ¡no, no, no...!, porque había insultao a mi madre... ¡Uh, uh, uh...! *(Llora desgarradoramente sobre las rodillas de Juana.)*

JUANA ¡Pobre criatura...! No llores más, hijo, no llores más.

MARCOS ¡Hijo...! Eso me decía mi madre: ella, ella... Desde entonces... ya no me lo ha dicho nadie en el mundo... *(Llaman en la puerta del foro.)*

JUANA *(Sobresaltada.)* ¿Eh?

MARCOS De la casa, de la casa aquella... Yo no quiero marcharme, no... no...

JUANA Métete ahí. *(Foro izquierda.)* Yo abriré...

MARCOS Yo no quiero marcharme: no quiero, no... *(Mutis foro izquierda.)*



Los chicos le escarnecían y le apaleaban, y mosén Isidro lo ampara y les dice a los niños que deben ser buenos con él

JUANA (*Llegándose al foro.*) ¿Quién va?

BALBINA (*Dentro.*) Abra, señora Juana; soy yo. (*Juana abre y entra Balbina.*)

JUANA ¿Qué ocurre?

BALBINA Vengo a avisarle a usté; acaban de llegar al pueblo dos forasteros, empleados de la casa de salud.

JUANA ¿Y vienen por él?

BALBINA Sí. Han entrao en la iglesia a ver a mosén Isidro; y les ha dicho que sí, que había venido, pero que no podía decirles dónde estaba.

JUANA ¿Y ellos...?

BALBINA Van preguntando casa por casa... Y si aquí no han venido derechos, es porque se creerán que no se ha atrevido Marcos a volver a la suya.

JUANA Pero, aun así, vendrán.

BALBINA Claro; ahora ya está usté avisada. Me voy, que me espera mi padre.

JUANA Adiós, Balbina. Y muchas gracias.

BALBINA No se merecen. Adiós. (*Mutis Balbina. Juana vuelve a cerrar.*)

(*Bajan por la escalera José y Daniel.*)

JOSÉ ¿Con quién hablaba usté?

DANIEL ¿Quién era, madre?

JUANA La Balbina, a decirme que buscan a Marcos.

DANIEL ¿Sí?

JOSÉ ¿De la casa de salud?

JUANA — De allí.

JOSÉ — Pero... ¿dónde está? A ver si se ha marchao...

DANIEL — ¡Pobre Marcos! ¿Qué será de él por esos montes?

JOSÉ — ¡Pobrecillo!

JUANA — ¡Ah! Pero ¿vosotros no sabíais que se marchaba?

DANIEL — No, madre.

JOSÉ — ¡Qué hemos de saber!

JUANA — Conque no, ¿eh? Pues, ¡ja!, sí, sí: se ha marchao.

DANIEL — Pues vamos a buscarle, para entregarlo a esos hombres. Allí estará mejor que en ninguna parte.

JOSÉ — Vamos, sí.

DANIEL — Hasta luego, madre.

JOSÉ — Hasta luego, Juana. *(Mutis ambos por el foro, dejando la puerta abierta. Por el foro izquierda asoma Marcos.)*

JUANA — Adiós... Conque no lo sabíais y sois vosotros los que lo habéis despedido... *(Se vuelve y ve a Marcos.)*

MARCOS — ¿Se... se fueron los hombres...? No; están ahí, están ahí...

JUANA — Se han marchao ya.

MARCOS — Daniel y José los llamarán.

JUANA — No los llamarán. Ven aquí, que quiero esconderte.

MARCOS — ¿Eh? ¿No me voy ya? ¿No...? ¡Ju,

ju, ju! No me despides, ¿verdad que no?

JUANA No.

MARCOS Buena, buena eres conmigo... Marcos te quiere mucho, mucho...

JUANA ¿Sí?

MARCOS Ya lo creo. ¡Mucho, mucho!

JUANA Yo también.

MARCOS ¿Tú también? ¡Ja, ja, ja, ja!

JUANA Sí. No dejo que te se lleven, no. Primero cerraré aquí. *(Va al foro, pero en el mismo instante entran José y Daniel, que acechaban.)*

JOSÉ ¿No te lo dije?

JUANA ¿Adónde vais?

MARCOS *(Retrocediendo a un rincón.)* ¡Oh...! Malos, malos... No...

DANIEL ¿Está eso bonito, madre?

JOSÉ Bien me lo pensé... Conque Marcos con nosotros, ¿eh? ¡Fuera!

MARCOS No, no, no...

DANIEL ¡Largo de aquí! Que te se lleven esos hombres.

MARCOS No... Allí no me quieren, allí me pegan... Malos, malos...

JOSÉ ¡Fuera, hemos dicho!

MARCOS No... *(Se coge a Juana.)* Defiéndeme tú, que eres buena, que eres como mi madre...

JUANA Dejadlo. Perdonémosle, y a olvidarlo

todo. ¿Qué estorbo nos hará esta criatura?

DANIEL Mató a un hombre... y era nuestro padre.

JUANA Y mi marido también, y yo le perdono.

JOSÉ ¡Ja, ja! ¡Lo perdona! Entonces es que se alegra de la muerte, porque no le quería.

JUANA ¡José!

JOSÉ Y es a los dos, al idiota y a ella, a los que tenemos que echar.

JUANA ¿Qué...? ¡José! ¡Daniel! Vuestro padre, en sus últimos momentos, me dejó el mando de esta casa, conque... ¡yo dispongo! Daniel, a aparejar las caballerías; en mi cuarto están las llaves. Tú, José, arriba, al desván, a preparar el trigo de la sementera. ¡Esa puerta, cerrada! Y este desgraciao, aquí con nosotros.

DANIEL Malhaya... *(Recomiéndose, pero sin rebelarse.)*

JOSÉ *(Rebelándose, pero siendo dominado por la mirada de ella.)* Si no fuera por...

JUANA *(Imponiéndose.)* ¡Listos! *(Dominados y refunfuñando, hacen mutis, José por la escalera y Daniel por primer término izquierda.)*

MARCOS ¿No... no me voy?

JUANA No, hijo, no.

MARCOS ¿Eh...? ¿¡Hijo!?

JUANA Sí: mío lo serás desde ahora...

MARCOS ¡Oh! ¡Ju, ju, ju...!

JUANA Estos son mis brazos.

MARCOS *(Precipitándose en ellos.)* ¡Uh, uh, uh! ¡Ma... madre... madre mía! *(Llora y ríe. Juana le besa.)*

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena vacía. Mosén Isidro por el foro derecha, haciendo un cigarro.

ISIDRO Ave María... Ave María... Pues, sin duda, no hay nadie en esta casa. *(Va al hogar a encender el cigarro.)* Ni lumbre tampoco... ¿Con qué encenderé...? Cerillas sí que habrá. *(Busca con la vista por todas partes.)* Alabado sea Dios; me quedaré sin fumar. *(Juana, por primera izquierda.)*

JUANA ¿Está usté aquí, mosén Isidro?

ISIDRO Sí, buscando cerillas, que no encuentro en ningún sitio. Como que ya me he resignado a no fumar.

JUANA Las tengo yo escondidas. ¿Ve usté? Debajo de este puchero... Para otra vez, ya lo sabe.

ISIDRO ¿Y por qué las escondes?

JUANA — Para que no las encuentre Marcos.

ISIDRO — ¡Ah!

JUANA — Hace unos días que le da por fumar, y anteayer, con un cigarro, se me abrasó todo.

ISIDRO — ¡Pobre muchacho...! ¿Y qué, no ha vuelto a repetirle?

JUANA — ¿El ataque? No, señor, ¡gracias a Dios!

ISIDRO — Dáselas, sí, al que todo lo puede, y pídele al mismo tiempo mucha fortaleza para atravesar este período de amargura.

JUANA — Ya puede usté decirlo.

ISIDRO — Bastante lo veo, Juana; y lo que me apena es no poder hacer nada por vosotras: por ti y por la pobre Balbina, que se ha quedado huérfana y que has hecho muy bien de acogerla en tu casa, como una hija más.

JUANA — Estábamos las dos tan solas...

ISIDRO — Dios ha hecho el dolor para el hombre, sí, pero de tal manera que cuando se juntan dos dolores, se consuelan uno a otro. Hiciste muy bien.

JUANA — Pues aún me lo reprocharon mis hijos, ese Daniel y ese José a quienes he dao el nombre de hijos.

ISIDRO — Mal hecho; yo hablaré con ellos.

JUANA — Déjelos usté.

ISIDRO Pero en lo que no haces bien, Juana, es en callarme lo que te sucede, el secreto de esa pena profunda que llevas dentro.

JUANA Vuelve usté a lo de siempre. Si no me pasa nada...

ISIDRO ¿Nada?

JUANA No, señor.

ISIDRO Hoy hace cuatro meses que Marcos volvió a esta casa; mucho me costó convenceros para que lo admitierais. Al fin, tu buen corazón triunfó de los odios y los rencores, y tú, ya que no ellos, supiste perdonarle, abriéndole los brazos. Pues, desde aquel día —una semana después, todo lo más— has cambiado muchísimo; no eres la misma, Juana: has adelgazado... se te ha agriado el carácter... no sales de casa... Se te conoce en seguida que te consume una pena. ¿Es que te arrepientes de haber acogido al idiota?

JUANA No, mosén Isidro; ese desgraciao no tiene más madre que yo, ni yo más hijo que él. Lo quiero con todo mi corazón. ¿Cómo he de arrepentirme de haberlo acogido?

ISIDRO Entonces...

JUANA No se canse usté, que no me pasa nada.

ISIDRO Bueno; tú hablarás... y quizá cuando ya no haya remedio.

JUANA Dios nos asistirá.

ISIDRO Que al menos nunca te falte esta confianza.

JUANA Así sea. *(Por la escalera baja Marcos.)*

ISIDRO Mira quién baja. Ahora iba a preguntarte por él... ¡Hola, Marcos!

MARCOS ¡Oh, oh, oh! Bue... buenos días, mo... mosén Isidro.

ISIDRO Conque ahora te levantas, ¿eh...? ¡Ah, perezoso!

MARCOS Sí, sí...

ISIDRO Tienes que madrugar más. ¿Por qué no viniste ayer a misa, que era domingo?

MARCOS ¡Oh, oh! No... no sé. No me llamaron, mosén Isidro... ¡Ju, ju, ju, Usté... me quiere, ¿verdad?

ISIDRO Sí, hombre, sí; pero tienes que ir a misa los domingos.

MARCOS Bue... bueno. Y la madre, ta... también me quiere, ¿eh?

JUANA También, Marcos, sí; mucho.

MARCOS ¡Ju, ju, ju, ju! ¡Qué alegría tengo! ¡Ju, ju, qué alegría!

ISIDRO Pues a portarte bien, para que sigamos queriéndote, ¿oyes?

MARCOS Sí...

JUANA Fíjate bien en lo que te dice mosén Isidro.

MARCOS Sí, sí...

ISIDRO Porque tú haces alguna cosilla... que no está bien.

MARCOS ¿Yo?

ISIDRO Tú, sí. Vamos a ver: ¿quién te manda que fumes? Voy a estirarte las orejas.

MARCOS ¡Ju, ju, ju! Sí, sí, fumé un cigarrillo... ¡Ju, ju, ju, qué risa...! ¡Qué risa!

ISIDRO ¿Y en dónde lo cogiste?

MARCOS Pues... fué cuando nadie me veía, y lo cogí... de la chaqueta del Daniel... ¡Ju, ju, ju!

ISIDRO ¿Conque de la chaqueta de Daniel? ¿Y no se enteró?

MARCOS No. Y al otro día... cogí uno de la chaqueta de José, y me vió... y me dió así: ¡bam, bam!, dos bofetadas.

JUANA ¿Lo ve usted?

ISIDRO ¿Conque te pegó?

MARCOS Sí, mosén Isidro.

JUANA Pues eso no me lo has contao, Marcos; ya sabes que quedamos en que me lo contarías todo.

MARCOS No... no me he acordao, madre, no.... ¡Ju, ju, ju, ju! ¡Cuánto te quiero! *(La abraza.)*

ISIDRO ¿Mucho?

MARCOS Mucho. ¡Ju, ju, ju!

JUANA ¿Quieres almorzar, hijo?

MARCOS Sí, sí... ¡Oh, oh, oh! Tengo hambre.

JUANA Ven aquí.

MARCOS ¡Ju, ju, ju, ju! *(Va con ella, acariciándola.)*

JUANA *(Abre un cajón, saca pan, parte una rebanada, pone jamón encima y se lo da.)* Toma: pan... y el jamón que había cortao para ti. ¿Tienes bastante?

MARCOS Sí, sí... ¡Qué rico está! ¡Ju, ju, ju! ¡Qué rico! *(Come.)*

ISIDRO Que aproveche, Marcos...

MARCOS No, no; para mí todo, para mí.

ISIDRO Bueno, hombre; si no te pido nada.

MARCOS ¡Ju, ju, ju!

ISIDRO *(A Juana.)* Ya está contento.

JUANA Para todo el día... Ahora almuerza y se está por aquí sin dar nada de guerra; baja, sube... El desgraciado, tan feliz con un poco de cariño de madre que se le tiene.

ISIDRO Es verdad. *(Por el foro derecha, Balbina, como de la plaza. Viene completamente de negro.)* Otra que tal; otra que no habla tampoco.

BALBINA ¿Qué dice usted, mosén Isidro? Buenos días.

ISIDRO Buenos días, hija. Decía... que eras tú la segunda parte en la tristeza de esta

casa... Que algo te ocurre también, como a Juana, y que tampoco hay quien te saque una palabra del cuerpo.

BALBINA Si no tengo nada, mosén Isidro; la tristeza de haber perdido a mi padre.

ISIDRO Si es eso sólo, bienvenida sea, que del lado de Dios viene. Pero hay algo más.

BALBINA No, mosén Isidro; se lo aseguro.

ISIDRO Tu pobre padre, el señor Lorenzo, que Dios tenga en su gloria, murió hace tres meses, al mes justo de haber venido Marcos, dejándote sola, es verdad, pero no tanto que no hubiera en el mundo un corazón generoso para acogerte, y fué el de esa mujer, que siempre ampara a los que sufren y lloran... En el pueblo criticaban que vinieses a vivir a la propia casa de tu novio, pero yo me encargué de taparles la boca. Así es que en medio de tu soledad... Tu padre te dejó una pequeña fortuna, y el recuerdo de una vida honrada; y ahora has encontrado madre, y vas a tener esposo, y vendrán los hijos... ¿Qué más quieres? No puedes quejarte de Dios. *(Balbina rompe a llorar.)* Vamos, mujer, ¿a qué viene eso?

JUANA ¡Balbina, hija, por Dios!

MARCOS ¡Uh, uh, uh! ¿La Bal... la Balbina llora? No, no... Balbina, no llores.... Marcos te quiere mucho... *(la acaricia)* mucho... ¿Te hace alguno algo? Marcos te defenderá... ¡Uh, uh, uh! No llores.

BALBINA No, si no lloro. ¡Qué buenos son ustedes...! Hasta el pobre Marcos comprende mi pena.

JUANA Sí, hija, sí; ya iba yo a llorar también; se llaman nuestras lágrimas.

BALBINA Sí, señora.

MARCOS ¡Uh, uh, uh...! ¡Uh, uh, uh!

JUANA Por nuestra desgracia, mosén Isidro... *(Se abrazan.)*

BALBINA Por el recuerdo de mi padre.

JUANA Por el de mi marido.

ISIDRO Bueno; pues si os empeñáis en no decírmelo...

BALBINA Por mi parte, eso sólo, mosén Isidro.

JUANA Y por la mía, igual.

ISIDRO Testarudo soy, pero veo que me ganáis. ¿Y Daniel?

BALBINA Está ahí, en la plaza.

JUANA ¿Y José? ¿Dónde está?

BALBINA No habrá llegado aún del campo.

ISIDRO Bueno, hijas; me marcho.

JUANA ¿Se va usté ya, mosén Isidro?

ISIDRO Sí... Adiós, Marcos.

MARCOS Adiós. ¡Ju, ju, ju! Mosén Isidro... Adiós.



Marcos se refugia en el cariño a los animales del desvío del pueblo

ISIDRO Que seas bueno, ¿eh?

MARCOS Sí, mosén Isidro, sí... ¡Ju, ju, ju!

ISIDRO A ver. Adiós, hijas.

BALBINA Usté lo pase bien.

JUANA Adiós, mosén Isidro. *(Mutis mosén Isidro foro derecha.)*

MARCOS *(En la puerta.)* Adiós... a... diós... *(Se queda aquí.)*

JUANA ¿Has comprado lo que te dije, Balbina?

BALBINA Sí, aquí lo tiene usté. *(Por la cestilla que trajo.)*

JUANA Trae, lo dejaré en el amasador.

BALBINA Ahora voy a hacer nuestra cama.

JUANA Anda, sí, y luego encenderemos esa lumbre, que parece que está maldita. *(Mutis foro izquierda.)*

BALBINA Ya, ya... *(Mutis primer término izquierda.)*

MARCOS ¡Ju, ju, ju...! Me han dejao solo... ¡Qué contento estoy! ¡Ju, ju, ju! ¡Qué contento! S... si... si tuviera un cigarrillo... ¡Ju, ju, ju...! *(Demuestra su alegría durante un momento, de la forma más variada y gráfica posible. De pronto, queda quieto, inmóvil, como si su vida hiciera un alto. Su respiración se vuelve desigual, su mirada huraña. Llévase las manos a diferentes regiones del cuerpo, como indicando los fuertes dolores que le aquejan... Todo es síntoma preliminar del ataque de histerismo que se le aproxima,*

pero al cabo de un momento la naturaleza en él reacciona, y vuelve a sus cabriolas y alegrías.) Hambre... Tengo más hambre aún... ¡Ju, ju, ju! *(Dispónese a abrir el cajón del pan. En el foro derecha, José.)*

JOSÉ ¿Qué haces ahí, Marcos...? ¡Marcos! *(Este, atemorizado, se esconde en un rincón.)* Salga usté de aquí en seguida.

MARCOS ¡Ay...! Jo... José, no me... no me pegues.

JOSÉ ¡Largo!

MARCOS Sí, sí... Malo, malo...

JOSÉ Ya te daré yo a ti el malo... *(Indicándole la escalera.)* ¡Arriba en seguida!

MARCOS Sí, sí... No me... no me riñas, José... Dame un abrazo, ¡ju, ju, ju! Dame un abrazo...

JOSÉ *(Rechazándolo.)* ¡Quita de ahí...! Que te vayas, he dicho.

MARCOS Bueno, bueno... *(Retrocede, replegándose, a la mesita de la izquierda. José está de espalda a él, pensativo.)* Jum, jum... *(Ve el cuchillo sobre la mesa, lo empuña un instante contra su hermano, pero acordándose de su padre lo suelta horrorizado y hace mutis escalera arriba.)*

JOSÉ No, yo no puedo más. Esto es inaguantable. Hay que acabar de un modo u otro. *(Juana, por el foro izquierda, se dirige a la escalera, pero se detiene al ver a José.)*

JUANA Hola, hijo. ¿Has vuelto ya?

JOSÉ Sí... Oiga usté, Juana: quiero decirle una cosa.

JUANA ¿El qué?

JOSÉ No nos ve nadie, ni nos oye nadie... Quiero decirle lo de siempre, lo que usté se figura.

JUANA ¡José!

JOSÉ No me mire de esa manera tan cruel... Yo la quiero, Juana, con toda mi alma, como no hay ya más querer: me se retuerce no sé qué aquí en el pecho, y me consume la vida. Juana, Juana... déjese usté querer por mí.

JUANA ¡Nunca!

JOSÉ ¿Nunca?

JUANA No.

JOSÉ Si no ha de enterarse nadie... Si nuestro querer quedará como hundido en un pozo.

JUANA Se enteraría mi conciencia... ¡y basta!

JOSÉ ¿No la tengo yo también y no cuento con ella?

JUANA Bien se ve.

JOSÉ Pero, ¿tú sí?

JUANA ¡José! ¿Quién te dió permiso para tratarme así? Soy tu madre.

JOSÉ La mía murió hace quince años.

JUANA Soy la mujer de tu padre.

JOSÉ Y él también. La muerte ha roto lo

que pudiera separarnos, Juana. Ya no es usté nada mío.

JUANA Pero soy eso: soy Juana; tú lo has dicho. Y esta mujer, extraña aquí, que no es nada tuyo, pero que es hija de padres honraos y lo es ella también... esta mujer te rechaza, te desprecia y te escupe, hombre malo.

JOSÉ ¡Ja, ja, ja, ja!

JUANA ¡José!

JOSÉ No te valdrá... Si lo que yo quiero no lo consigo por las buenas, será por las malas.

JUANA *(Angustiada.)* José...

JOSÉ Si estoy decidido a todo: si por poner mi boca en la tuya... daría yo toda mi vida. Si es una locura lo que tengo, desde el mismo día de la boda con mi padre... Si yo te quiero, Juana, desde que has entrao aquí. Si tenía de mi padre unos celos horribles. Si yo... no me hagas decir lo que pienso; si yo... para que fueses mía... hubiera sido capaz de hacer lo que Marcos. *(Va a cogerla.)*

JUANA ¡Quieto! ¡Atrás! *(Retrocede y empuña el cuchillo que antes tuvo Marcos en sus manos.)* Ahora... ven. ¡Vamos, hombre! ¡Cobarde...!

JOSÉ *(Vencido.)* ¡Qué desgraciao soy! ¡Qué

loco... ! Nunca podré arrancarme esto que no me deja vivir... ¡Qué desgraciao... ! *(Solloza.)*

JUANA ¿Por qué han visto tus ojos siempre a la mujer y no a la madre?

JOSÉ Eso digo yo: ¿por qué?

JUANA ¿Por qué me llamaste Juana siempre? Si en vez de eso, me hubieras llamao «madre», tu corazón hubiera seguido a tus labios, y madre hubiese sido nada más para ti... Ahí tienes a tus hermanos llamándome los dos «madre». Y el uno es un desgraciao, porque le consume la pasión del dinero, y el otro también, porque Dios le puso la desgracia en la cabeza, pero ninguno lo es tanto como tú, porque ellos tienen una madre... y tú no.

JOSÉ Es verdad. Perdón, Juana... Perdón, madre. *(Se echa a sus pies.)*

JUANA Esa es la palabra que quiero oirte siempre. Levanta: perdonao estás.

JOSÉ Desde hoy te prometo ser otro.

JUANA Esto es lo que quiero: que seas otro, un hombre cualquiera, bueno o malo, pero hijo, nada más que hijo... y siempre hijo. Anda, anda a tus quehaceres.

JOSÉ Hasta luego. *(Mutis por el foro derecha.)*

JUANA Hasta luego... Gracias a Dios que hay uno convertido en la casa. Aún se

acabarán aquí los odios y las malas pasiones. Dios lo haga. *(Vuelve a hacer mutis por el foro izquierda. Por la escalera, Marcos.)*

MARCOS *(Viene quejándose nuevamente de sus dolores.)* Madre... madre mía... mal aquí... ¡aquí...! y aquí... *(Son más intensos sus dolores cada vez. Le rechinan los dientes. Tiene un comienzo de risa convulsiva. Se advierte él mismo como una hinchazón en las yugulares. No grita: solloza nada más, entrecortadamente. Es el ataque que se acerca... Por fin, reacciona de nuevo y vuelve a alegrarse: estos nuevos síntomas le duran más que los anteriores.)* Voy a... encenderle el fuego a la Balbina... ¡Ju, ju, ju! A la Balbina. ¡Ju, ju, ju! A la Balbina... ¿Dón... dónde están las cerillas? No... no las encuentro. *(Busca en vano.)*

(Por primer término izquierda, Balbina.)

BALBINA ¿Qué haces, Marcos?

MARCOS Bal... Balbina: iba a... encenderte el fuego.

BALBINA ¿Sí? ¡Pobre Marcos! Yo lo encenderé *(Le acaricia.)*

MARCOS ¡Ju, ju, ju! Me... me quieres, ¿verdad?

BALBINA Ya ves que sí. La señora Juana y yo te queremos mucho.

MARCOS ¡Ju, ju! ju! ¡Qué bien, qué bien!

BALBINA Sí, hombre, sí. *(Aprovechando que Mar-*

cos está de espaldas a ella, saca las cerillas de su escondite.)

MARCOS ¡Ju, ju! Yo tam... también te ayudo.

BALBINA No, Marcos. Yo sola lo haré.

MARCOS Yo... también; me enfado, si no.

BALBINA Bueno, pues anda, acércame astillas.

MARCOS ¡Ju, ju, ju, ju! *(Va por ellas a un rincón y vuelve.)*

BALBINA A... sí.

MARCOS ¡Qué contento, qué contento estoy! Te quiero... mucho, ¡ju, ju!

BALBINA Y yo lo mismo a ti.

MARCOS ¡Ju, ju! *(Juana por el foro izquierda.)*

JUANA ¿Enciendes, hija?

BALBINA Sí, señora Juana.

JUANA Sí, porque los chicos reclamarán la comida a su hora: que podamos siquiera dársela a ellos.

BALBINA Por eso. Yo no tengo gana ninguna.

JUANA Ni yo... Marcos, hijo mío, ven con tu madre. Iremos un instante aquí al lao.

MARCOS Sí, sí... ¡Ju, ju, ju! Con mi madre, con mi madre... Adiós, Balbina... *(Juana, acariciándole, y él hacen mutis por el foro derecha.)*

BALBINA Ni el fuego se enciende. Razón tiene el mosén cuando dice que este hogar está frío como nuestras almas. Válgame Dios. Ni tampoco así... Voy a

tener que dejarlo. Si hasta la cosa más pequeña... Si parece que está una maldita. *(Daniel, por el foro derecha, avanza muy cautelosamente hacia Balbina, que, de espalda a la puerta, no le ve.)*

DANIEL Balbina.

BALBINA ¡Ay! Me has asustao, hombre.

DANIEL De poco te asustas.

BALBINA Como no te oí...

DANIEL Ya sabes que me gusta dar sorpresas.

BALBINA Será lo único que te gusta dar, ja, ja...! ¿Y José?

DANIEL Ahí, en la plaza.

BALBINA ¿Y tu madre?

DANIEL Con Marcos entraba ahí enfrente.

BALBINA Pues no estemos solos, Daniel. La gente es muy murmuradora y...

DANIEL ¿Y qué tienen que murmurar de nosotros?

BALBINA Ni tendrá, si yo no me vuelvo loca o Dios no me deja de su mano.

DANIEL Tú ya sabes lo que te he respetao siempre.

BALBINA Y yo te lo agradezco. Por eso te quiero más, Daniel.

DANIEL Como yo a ti, mujer.

BALBINA Como tú a mí, no; más, más.

DANIEL Lo que quieras. *(Pausa. Balbina sigue encendiendo el fuego. Daniel va dando vueltas,*

como si no se atreviera a decir algo.) Oye, Balbina...

BALBINA ¿Qué?

DANIEL Por cuestión de eso del trigo...

BALBINA ¿De la venta?

DANIEL Sí. Pues... necesito ir a la ciudad unos días.

BALBINA ¿Y qué?

DANIEL Y nada, que... Pero si me miras ya de ese modo, no te lo explico.

BALBINA Di, di.

DANIEL Necesitaba algunos dineros.

BALBINA ¿Otra vez?

DANIEL La última ya.

BALBINA ¿Para gastártelos en la ciudad como siempre? No, Daniel: de mí no sacas ya ni un céntimo... Quisiera no tener ninguno; que mi padre no me hubiese dejao nada. Así me querrías por mí, y no por los dineros. Por eso no te los doy: ya lo sabes.

DANIEL ¿No me los das?

BALBINA No.

DANIEL Bueno; está bien... Está bien, mujer, está bien. Hasta luego.

BALBINA Hasta luego. *(Mutis Daniel por el foro derecha.)* Parece que se marcha conforme... Madre mía, ya se lo dije: me se hacía un nudo en la garganta. Ahora estoy tranquila... ¿A ver la lum-

bre? ¡Si se ha encendido sola! Aún hay fuego en el hogar, aún, como lo hay en nuestro querer. *(Sigue ocupada en la preparación de la comida, sin moverse del hogar. Por el foro derecha, Marcos.)*

MARCOS No... no quiero decir a nadie.... Ni a mi madre, ni a mi ma... madre. ¡Uh, uh, uh! Tengo mie... miedo. Me voy a... a la cama. *(Sufre progresivamente: se le hace más intenso el rechinar de los dientes: se nota más la hinchazón de las yugulares; gritos agudos se ahogan en su garganta. Se acentúan sus dolores. Como síntoma que denota mejor la proximidad del ataque es que pierde la palabra, quedándose momentáneamente mudo, y el equilibrio, tambaleándose. Estos dos avisos del ataque pasan rápidos, y se dirige a la escalera haciendo mutis por ella, sin que haya llegado a verle Balbina. Por el foro derecha asoma Juana.)*

JUANA Balbina, ven un momento, que te vamos a decir una cosa.

BALBINA Voy, señora Juana.

JUANA Y tráete de paso una bandeja. *(Mutis.)*

BALBINA Bueno. *(Coge una bandeja, la limpia y hace mutis con ella por el foro derecha. A poco, y mirando hacia donde se supone que están las dos mujeres, entran José y Daniel.)*

JOSÉ Ven acá, Daniel. Vamos a hablar como hermanos. Aquí no nos oye nadie.

DANIEL ¿Qué quieres?
JOSÉ ¿Le has pedido dinero a la Balbina?
DANIEL Sí.
JOSÉ ¿Y te lo ha negao?
DANIEL Sí.
JOSÉ ¿Te lo ha negao... y estás tan tranquilo?
DANIEL ¿Qué quieres que haga? He comprendido que me porto mal con ella, y ya no le pediré hasta que nos casemos.
JOSÉ ¡Ja, ja, ja!
DANIEL ¿De qué te ríes?
JOSÉ De lo bueno que te has vuelto, chico. Yo hace un instante me juré también serlo, cuando le declaré mi querer a la Juana y me dominó.
DANIEL ¿Que te has declara...?
JOSÉ Sí, pero acabé echao a sus pies, pidiéndole que nunca la llamaría más que «madre». ¡Ja, ja! ¡Prometer...! Ni sabía lo que hablaba, ni lo sé ahora, ni sé lo que hago desde hace unos días. Estoy loco, Daniel, loco por ella, y sería tan capaz de pedirle perdón como de matarla... porque quiero que sea mía, y lo ha de ser por encima de todo.
DANIEL Pero ella no te quiere.
JOSÉ Ni me querrá nunca; por eso la quie-

ro yo más a ella. Pero no te creas tú que me desprecia porque sí, sino porque tiene mucho orgullo y mucho coraje, y si me quisiera mandaría yo en ella y no ella en mí; y lo que ella quiere es mandar, tenernos dominaos, a mí sobre todo... Como también la Balbina te quiere tener dominao a ti y te niega el dinero, que no es por otra cosa por lo que no te lo da. Ya lo sabes.

DANIEL Bien puede ser.

JOSÉ Lo es, lo es... En esta casa se han cambiao los papeles. Primero, que somos hombres. Y después los dueños de todo... Y ellas son mujeres, y además extrañas.

DANIEL Eso es verdad.

JOSÉ ¿Conque les damos el pan y el cobijo, y les hacemos sombra, que al fin y al cabo están abandonadas en el mundo... y porque tú les pides unos dineros y yo un poco de querer, nos lo han de negar?

DANIEL No tienen derecho.

JOSÉ ¿Qué han de tener? Bueno se pondría nuestro padre, si nos viese dominaos por dos mujeres, que, además, recogieron a su asesino. Si somos unos cobardes, Daniel. Si debíamos echar-

los a la calle a las dos, digo, a los tres.

DANIEL Sí, señor.

JOSÉ Aunque sería mejor otra cosa: vengarnos de ellas. Quitarles a las malas lo que nos niegan a las buenas.

DANIEL Cuenta conmigo.

JOSÉ ¿Para todo?

DANIEL Para todo.

JOSÉ Así me gusta. Somos hermanos, estamos también solos en el mundo y nos hemos de defender.

DANIEL Eso.

JOSÉ Pues voy a decirte lo que he pensao.

DANIEL Venga.

JOSÉ Lo vamos a poner en práctica mañana por la noche.

DANIEL Cuanto antes.

JOSÉ Verás... Primeramente, tú y yo, a la Juana, a la Balbina y a todo el pueblo les hacemos saber esta tarde o mañana, a mediodía, que nos han llamao urgentemente de la ciudad para eso de los trigos.

DANIEL Sí.

JOSÉ Como es natural, tenemos que tomar el tren de las ocho, el de la noche... *(Marcos, que antes asomó un momento en lo alto de la escalera, vuelve a hacerlo, y como sorprende algunas palabras del diálogo de sus*

hermanos, baja ocultamente hasta el último tramo, para enterarse de todo, sin que ellos se den la menor cuenta.) La Juana, la Balbina y el Marcos nos salen a despedir hasta las afueras; y nosotros, a la vista de todos, tomamos el camino de la estación.

DANIEL No adivino aún, José.

JOSÉ Sigue escuchando. Todo el mundo se cree que hemos ido a la ciudad, pero... a media noche, como nos llevamos la llave de ahí, entramos en casa. Antes, para que no nos cierren por dentro, habremos inutilizao esa tranca... Pues bien: las dos mujeres duermen ahí, en la misma cama. Nos abalanzamos sobre ellas y... asunto concluído. ¿Que gritan y se defienden? Peor para ellas. En seguida cogemos al idiota y, amparaos por la noche, lo dejamos a una legua del pueblo en medio del campo... ¿No comprendes? Desde allí nos vamos a la estación y tomamos el tren de las cuatro de la madrugada... Por la tarde o al otro día aún volvemos de la ciudad, y todo el pueblo nos cuenta lo pasao.

DANIEL Eso es.

JOSÉ O sea, que el idiota... al verse solo en casa con las dos mujeres... hizo

lo que nadie se hubiera figurao en el pueblo. Las atropelló y escapó con el dinero de la Balbina. Y si ellas quisieron defenderse... las mató a las dos, que al fin eran mujeres extrañas, y él había asesinao a otro, que era hombre y era su padre.

DANIEL Está bien, José.

JOSÉ Conque ¿entendidos?

DANIEL Entendidos. *(Se levantan. Marcos, horrorizado, hace mutis escalera arriba.)*

JOSÉ Pues ahora... como si tal cosa. Lo mismo que corderos, ¿lo oyes?

DANIEL Igual, igual.

JOSÉ A ver si hacemos bien nuestro papel.

DANIEL Eso. A ver. *(Por el foro derecha, Juana y Balbina. Esta trae la bandeja cubierta con un paño blanco, como si hubiesen comprado polvorones.)*

JUANA ¡Qué buena parece esa mujer!

BALBINA Muy buena. A mí me daba lástima.

JUANA Hola, hijos. ¿Cuidábais del fuego?

JOSÉ Sí, madre.

DANIEL Como que no lo dejamos apagar.

BALBINA Así me gusta, Daniel.

JUANA ¡Que servís para cocineros, vamos!

JOSÉ Eso.

JUANA ¿Te gustaría serlo con buen sueldo, Daniel?

DANIEL O con malo, si había necesidad...

JUANA Pero ¿cómo te gusta tanto el dinero...?

DANIEL Ya no, madre. Me gusta menos cada día.

JUANA ¡Qué suerte!

JOSÉ Se está volviendo bueno, madre.

BALBINA Ya era hora. ¡Ja, ja!

DANIEL Pues mire usté este: viniendo, me decía que iba a volver con la Antonia.

JUANA ¿De veras, hijo?

JOSÉ Como ella quiera...

BALBINA ¡Qué bien!

JUANA Pero, ¡Dios mío!

BALBINA ¡Ja, ja! ¡Van a acabar de santos!

JOSÉ Puede que sí, Balbina.

JUANA Que os oiga Dios.

DANIEL Amén.

BALBINA Si ya hasta rezan y todo. Daniel dice «amén». ¡Ja, ja, ja!

JUANA Ya, ya...

JOSÉ Y ahora nos vamos a las Cuatro Esquinas, ¿verdad, Daniel? A ver si pasa el Quirico para comprometerle una partida de brisca esta tarde. Digo, si no recibimos noticias de que tenemos que salir esta noche o mañana para la ciudad por eso de los trigos.

JUANA Bueno, bueno.

JOSÉ Hasta luego, entonces.

DANIEL Hasta luego... Balbina...

JUANA Que no tardéis.

BALBINA Eso. *(Mutis José y Daniel foro derecha.)*

JUANA Pero ¿tú has visto, Balbina? A jugar con el Quirico, su enemigo mortal.

BALBINA Hoy es un gran día, señora Juana.

JUANA Sí que lo es. José me ha llamao «madre...»

BALBINA Y Daniel se ha resignao a que le negase dinero.

JUANA Luego antes...

BALBINA Sí, señora Juana. Y esa es mi pena.

JUANA ¡Oh...!

BALBINA ¡Esa, esa! Ahora soy feliz.

JUANA Como la mía el que José... estaba enamorao de mí locamente.

BALBINA ¡Oh...!

JUANA Mira tú si no será bueno este día para las dos, al verlos arrepentidos.

BALBINA Nos ha ayudao la Virgen, señora Juana.

JUANA ¡Y tanto! ¿Por qué nos habremos callao tanto tiempo nuestros pensamientos? *(Se abrazan.)* ¿Lloras, hija? ¡Yo también! Se llaman siempre nuestras lágrimas, y ahora las ha llamao a ellas la alegría. ¡Bendito sea Dios!

BALBINA ¡Bendito sea! *(Marcos ha bajado la escalera, medio arrastrándose y se llega a ellas.)*

MARCOS ¡Uh, uh, uh!

JUANA ¡Hola, Marcos...! Ven aquí con nosotras. Que también haya alegría para

ti. Y, además, postre... Hoy hemos comprado un postre muy rico. Enséñaselo, Balbina...

MARCOS No... no... no quiero postre... Oíd: oye, oye, madre... Oye, Balbina.... No quiero postre, no... Oye, tú... y tú. *(Las junta.)* Aquí las dos... Oíd, oíd... *(Va a hablar y no puede.)*

BALBINA Pero, ¡Marcos...!

JUANA ¡Hijo!

MARCOS Oíd, oíd, tú... y tú.... *(No puede hablar y se desespera. La respiración se le hace angustiosa. Las yugulares se le hinchan más. La vista se le hace más huraña. Cierra los ojos.)* Un día... un día... en la casa de salud... Mi padre... no, mosén Isidro... Sí, él... la torre... la torre... ¡Ju, ju, ju, ju...! *(Risa convulsiva nerviosa.)* ¡Ay, ay, ay...! *(Dolores fortísimos.)*

BALBINA ¡Marcos!

JUANA ¡Dios mío, el ataque!

MARCOS Oíd... oíd... Mañana por la... mañana por la... mañana por la no... ¡noche...! ¡Uy, uy, uy, uy...!

JUANA ¡Marcos! ¡Hijo mío...! Llama a sus hermanos, Balbina.

MARCOS Mañana, ma... *(Pierde el habla completamente.)*

BALBINA *(En el foro derecha.)* ¡José! ¡Daniel! ¡Venid... Daniel!

MARCOS ¡Uh, uh, uh...! *(A la vista de sus hermanos, que entran por el foro derecha, el infeliz idiota que sorprendió su conversación, que conoce sus planes criminales y que no puede hablar, sufre la más grande de las desesperaciones, y entre espasmos, ayes y gritos, en pleno ataque de histerismo, aterrorizando a todos, rueda trágicamente por el suelo.)*

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Mosén Isidro, Juana y Balbina forman grupo a un lado de la escalera. Marcos está calentándose en el hogar, muy apesadumbrado y alicaído.

ISIDRO Así es que me prometéis no tener miedo esta noche, ¿eh?

JUANA No, mosén Isidro.

BALBINA Ninguno.

ISIDRO Porque es la primera que pasáis aquí solas.

BALBINA La primera, sí.

ISIDRO Yo no sé por qué esos chicos...

JUANA El comprador de trigos que los ha llamao con urgencia desde la ciudad: la carta lo ponía bien claro.

BALBINA A los dos los llamaba, sí.

JUANA — Y en eso hicieron bien de ir los dos, aunque el comprador no lo hubiese pedido.

ISIDRO — ¿Por qué?

JUANA — Porque no es fácil que los engañen a los dos como a uno sólo. Y los pobres muchachos no querían que nos quedáramos solas, pero...

ISIDRO — Pues ¿qué íbais a hacer?

BALBINA — Daniel propuso que nos fuéramos a dormir ahí enfrente, en casa de la Jacinta.

JUANA — Y José... que si nos daba miedo el infeliz Marcos, ellos se lo llevarían a la ciudad y vendrían los tres juntos mañana por la tarde.

BALBINA — Son buenos chicos, ¿verdad, mosén?

ISIDRO — Sí, lo son.

JUANA — Yo estoy muy contenta de ellos.

ISIDRO — Yo también. Antes lo estaba, creyéndoles buenos y honrados. Luego, esta mañana, cuando me contasteis lo ocurrido, me indigné: estalló en mi pecho la ira de Dios contra los pecadores de su pueblo escogido —porque esta casa tan desgraciada, es el pueblo escogido para este sacerdote—. Después, cuando supe su humillación, su arrepentimiento, los quise aún más. Ya sois todos buenos ahora; ya merecéis,

triste pueblo mío, la tierra de promisión, que es la felicidad.

JUANA Sí, mosén Isidro: Dios les ha tocado en el corazón.

ISIDRO Y tanto, hija. Todo se le vuelve al hombre acumular odios, y rencores, y malas pasiones en su corazón, a veces durante años y años; pero Dios pone la mano encima y toda esa maldad desaparece en un instante.

JUANA Tiene usté razón.

BALBINA Así ha pasao aquí.

ISIDRO Así ha pasao... Bueno, hijas, que es ya muy tarde. Estas últimas campanadas fueron... *(Consulta su reloj.)* ¿Cómo? Si yo creí que habían sido las diez, y son las once. Las once y cuarto ya; y tengo que ver a un enfermo todavía... Me voy, me voy. De vuelta a casa, pasaré por aquí; a ver si estáis tranquilas o si os habéis acostado.

JUANA Nos acostaremos, sí.

ISIDRO Bueno, bueno, mejor. Ama Dolores ya debe de estar dando cabezadas. Y Marcos también.

JUANA No, señor. Desde el ataque de ayer, está así como amodorrao, y cuando no... llora que te llora.

ISIDRO ¡Pobrecillo!

JUANA — Y ¡qué ataque! Ni una palabra ha hablao todavía.

ISIDRO — ¡Dios se compadecerá...! Marcos, me voy. ¡Adiós, Marcos!

MARCOS — ¡Uh...! *(Repentinamente se levanta y, por señas, dice que no se vaya.)* ¡Uh...! *(Sé aferra a él y no quiere que se vaya.)* ¡Uh, uh, uh...!

ISIDRO — ¿Qué te pasa, Marcos? ¿Qué tienes? ¿No quieres que me vaya?

MARCOS — ¡Uh! *(Dice que no.)*

JUANA — ¿Por qué, hijo mío?

BALBINA — ¿Por qué no, Marcos?

MARCOS — ¡Uh...! *(Lo mismo.)* ¡Uh, uh! *(Se desespera al ver que no le entienden, y llora.)*

ISIDRO — Eso, no, Marcos. Hay que ser fuerte. Los hombres no lloran nunca, y tú lo eres ya, hecho y derecho... Así, bueno. Tú quieres decirme algo, ¿no es eso?

MARCOS — ¡Uh! *(Que sí.)*

ISIDRO — Pues ya me lo dirás otro día, hombre. ¿No ves que ahora no puedes hablar?

BALBINA — Otro día, Marcos.

JUANA — Eso, hijo.

MARCOS — ¡Uh! *(Que no.)*

ISIDRO — Sí, hombre, sí. Cálmate... ¿Acaso te vas a ir del pueblo? ¿O me voy a ir yo? No, ¿verdad? Pues entonces... Nos quedan muchos días para estar

juntos, hombre. Anda, anda, a dormir. Hasta mañana.

MARCOS ¡Uh! *(Que no.)*

ISIDRO ¿Es que piensas morirte, Marcos?

MARCOS ¡Uh! *(Que sí.)*

ISIDRO ¡Ja, ja, ja!

JUANA ¡Hijo mío!

ISIDRO ¡Qué ocurrencias, hombre! Mira que Dios te castigará y te mandará allá abajo, a un pozo muy hondo: al infierno.

MARCOS ¡Uh! *(Que le da lo mismo.)*

ISIDRO ¿Eh? ¿Qué dices? Te vuelves muy malo, Marcos, y no te vamos a querer.

MARCOS ¡Uh! *(Que no le importa.)*

ISIDRO ¡Hombre! ¿Conque no te importa?

MARCOS ¡Uh! *(Que no, muy rabioso.)*

ISIDRO Este muchacho está hoy dejado de la mano de Dios. Acostadlo y acaso se calme. Son los nervios, sin duda. *(Viendo que Marcos ha quedado como abstraído.)* Hasta mañana, hijas. Voy a marcharme sin que me vea.

MARCOS ¡Uh! *(Se da cuenta de la maniobra y locamente, furiosamente le detiene.)*

BALBINA ¡Dios mío!

JUANA ¿Qué querrá, mosén Isidro?

ISIDRO Pero ¿qué tienes, hombre? ¿Por qué no quieres que me vaya? ¿Me vas a decir algo?

MARCOS ¡Uh! *(Que sí.)*

ISIDRO Vamos a ver. ¿Quieres hablarme de alguien del pueblo.

MARCOS ¡Uh! *(Que no.)*

ISIDRO ¿De la casa de salud?

MARCOS ¡Uh! *(Que no.)*

ISIDRO ¿De la Balbina o de la Juana?

MARCOS ¡Uh! *(Que no.)*

ISIDRO ¿De tu pobre padre?

MARCOS ¡Uh! *(Que no.)*

ISIDRO ¿De tus hermanos?

MARCOS ¡Uh! *(Que sí.)*

ISIDRO Bueno, pues a ver: ¿de Daniel o de José?

MARCOS ¡Uh! *(Que de los dos.)*

ISIDRO ¿De los dos?

MARCOS ¡Uh! *(Que sí.)*

ISIDRO ¿Y qué quieres decirme de ellos? ¿Qué son buenos contigo?

MARCOS ¡Uh! *(Desesperadamente qué no.)*

ISIDRO ¡Ah! ¿Que no te quieren? ¿Que son malos?

MARCOS ¡Uh! *(Furiosamente que sí.) (Luego llora.)*

JUANA ¿Quién le hará comprender que son ya buenos y que le quieren, mosén Isidro?

ISIDRO Eso es. ¡Pobre criatura!

BALBINA ¿Y no lo entenderá nunca?

ISIDRO Dios lo sabe.

JUANA — Después de este ataque, creo que nunca.

ISIDRO — ¡Pobre Marcos!

BALBINA — José y Daniel son ya buenos, Marcos. Se han vuelto buenos.

MARCOS — ¡Uh! *(Enérgicamente que no.)*

ISIDRO — Pero vamos a ver, hombre: dínos por qué no son buenos. A ver: callad. Anda, di.

MARCOS — ¡Uh! *(Que ellos dos...)*

ISIDRO — Bueno, sí, los dos. Están ahora muy lejos, ¿no es eso?

MARCOS — ¡Uh! *(Que no.)*

ISIDRO — ¿Que no? Sí, hombre. Están en la ciudad a estas horas.

MARCOS — ¡Uh! *(Que no.)*

ISIDRO — ¿Pues en dónde?

MARCOS — ¡Uh! *(Que aquella noche entrarán por la puerta del foro derecha.)*

ISIDRO — ¿Que se han ido por ahí?

MARCOS — ¡Uh! *(Que no. Que entrarán, que entrarán.)*

ISIDRO — ¿Que vendrán?

MARCOS — ¡Uh! *(Que sí.)*

ISIDRO — Mañana, ¿no es eso?

MARCOS — ¡Uh! *(No, que esta noche.)*

ISIDRO — No te entiendo.

MARCOS — ¡Uh! *(Que esta noche.)*

ISIDRO — ¿Esta noche?

MARCOS — ¡Uh! *(Que sí.)*

ISIDRO — ¿Y a qué van a venir esta noche?

MARCOS ¡Uh! *(Que a coger a Juana y a Balbina y a matarlas.)*

ISIDRO ¿Eh?

MARCOS ¡Uh! *(Que sí.)*

ISIDRO ¿A estas? ¿A matarlas a estas?

MARCOS ¡Uh! *(Que sí.)*

ISIDRO ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencia, Marcos, qué ocurrencias! Anda, a dormir. *(Marcos, llorando, se echa al suelo o sobre el banco de la cocina.)* ¡Da compasión...! Supongo que no vais a tener miedo, ¿eh? Sin duda, con el ataque se le han dormido todas las ideas, menos esa del odio a sus hermanos.

JUANA ¡Que Dios nos asista!

ISIDRO Bueno, hijas, hasta mañana. Ahora que no me ve...

JUANA Adiós, mosén Isidro. *(Hace señas a Balbina de que vaya con Marcos, y ella acompaña al cura hasta el foro derecha. Abre la puerta y mosén Isidro hace mutis. Luego, vuelve a cerrar.)*

BALBINA No llores, Marcos. ¿Me oyes...? ¡Marcos! *(Lo levanta.)*

MARCOS ¡Uh! *(Dejándose llevar sin resistencia.)*

JUANA ¡Hijo! ¿Vas con la Balbina, eh? ¿Te acompaña a dormir?

MARCOS ¡Uh! *(Anonadado se deja llevar hasta la escalera.)*

BALBINA — Anda, Marcos... ¿Quieres que suba contigo o te acuestas tú sólo?

MARCOS — ¡Uh! *(Se niega a subir la escalera.)*

BALBINA — ¿No quieres subir?

JUANA — ¿Por qué no, hijo mío? Anda, acuéstate.

MARCOS — ¡Uh! *(Continúa inmóvil.)*

JUANA — Pues déjalo, Balbina. El subirá.

BALBINA — ¿Tendrá miedo de estar solo arriba?

JUANA — ¿Qué sabe él lo que es miedo? Nosotras sí que puede ser que lo tengamos... A ver si hay por ahí algo abierto.

BALBINA — Ya, ya. Solas aquí de noche...

JUANA — Una casa tan grande...

BALBINA — Y una noche tan larga... Yo no quiero pensarlo siquiera.

JUANA — *(Asegurándose de la puerta del foro.)* Creo que está bien cerrada.

BALBINA — Para faltarle la tranca no puede estar mejor.

JUANA — ¿Y la ventana del amasador?

BALBINA — La cerré yo misma.

JUANA — ¿Qué harán los chicos?

BALBINA — Ya llevan en la ciudad más de una hora.

JUANA — Estarán seguramente hablando con el de los trigos.

BALBINA — Ya tengo ganas de que vuelvan.

JUANA — Está hecha nuestra cama, ¿verdad?

BALBINA — Sí. Desde esta mañana.

JUANA — ¿Por qué no te acuestas, Marcos? Anda, voy a enfadarme contigo.

BALBINA — ¿No quieres subir a tu alcoba?

JUANA — Pues que no suba. Lo vamos a dejar aquí solo.

MARCOS — ¡Uh! *(Sin expresar nada.)*

JUANA — Sí, sí. Balbina y yo nos vamos a nuestra cama. Anda, Balbina.

MARCOS — ¡Uh! *(Levantando la cabeza.)*

JUANA — Hasta mañana, Marcos.

MARCOS — ¡Uh! *(Con ferocidad. Que no.)*

JUANA — ¿No quieres que nos vayamos?

MARCOS — ¡Uh! *(Que no, que no.)*

BALBINA — Ya tenemos lo de antes. A mí me asusta, madre.

JUANA — ¡No seas tonta!

BALBINA — ¿Qué querrá?

JUANA — Nada. ¿Qué sabe él lo que quiere, ni lo que no quiere?

MARCOS — *(Agarrándose a ellas.)* ¡Uh! *(Que no se vayan.)*

JUANA — Tenemos que dormir, Marcos, para levantarnos temprano mañana y arreglar bien la casa y estar listas por la tarde para salir al camino de la estación, a escperar al Daniel y al José.

MARCOS — ¡Uh! ¡Uh! *(Que de ninguna manera.)*

BALBINA — ¿Qué tendrá contra ellos?



Cuando los hermanos tratan de entrar por la noche y Marcos los oye

JUANA — Nada, mujer. Los celos terribles, que le hicieron matar a su padre.

BALBINA — Anda, Marcos, acuéstate.

MARCOS — ¡Uh! *(Dice ferozmente que no.)*

BALBINA — ¡Ay, señora Juana! *(Se acoge a ella.)*

JUANA — No te asustes, mujer... Ahora verás. *(Se va enérgica a él.)* ¡Marcos!

MARCOS — ¡Uh...!

JUANA — ¡A la cama en seguida! Que no te lo mande más, ¿oyes?

MARCOS — ¡Uh! *(Anonadado y sollozante retrocede hasta la escalera.)*

JUANA — *(Coge una luz y se la da.)* ¡Andando! Toma, y luego la apagas. Nosotras a nuestra alcoba, Balbina. *(Se dirigen al primer término izquierda, pero Marcos da un gran salto y se interpone entre la puerta y ellas, cerrándoles el paso.)*

MARCOS — ¡Uh, uh! *(Que no entrarán allí, que suban arriba.)*

JUANA — ¡Oh!

BALBINA — ¡Madre mía! *(Las dos mujeres sobrecogidas, asustadas, se dirigen al foro derecha, pero, sin duda, oyen ruido, porque se detienen.)*

MARCOS — ¡Uh! *(Comprende que ellas han oído algo a través de la puerta, y va allí, pegando la oreja para escuchar. Este momento lo aprovecha Juana para arrastrar consigo a Balbina y meterse ambas precipitadamente en el primero izquierda.) (Marcos se da cuenta y va tras ellas, en*

el mismo momento en que se oyen las vueltas de la llave. Quedan a salvo las dos mujeres, y el idiota desesperado. Este da vueltas por la escena, golpea las puertas, etc. Por fin se echa al pie de la puerta de ellas, como un perro, para defenderlas y guardarlas. En su rabia ha tirado la luz, quedando a obscuras la escena. Hay una pausa. Suena en el reloj de la torre las dos de la madrugada. En la puerta del foro derecha se oye ruido como de gente que quisiera entrar. Y entran, efectivamente, con la mayor cautela, José y Daniel.) (Marcos se yergue, defendiendo la puerta con su cuerpo.)

DANIEL ¡Acostadas!

JOSÉ Claro.

DANIEL Pero había luz.

JOSÉ Tu miedo. Vamos... Sin ruido. Sube primero al cuarto de Marcos, ciérralo por fuera y no saldrá aunque oiga gritos.

DANIEL ¿Y si me oye?

JOSÉ Coge de ahí la escopeta y le amenazas.

DANIEL Bueno. *(Daniel entra en el foro izquierda y sale en seguida con una escopeta. Sube escalera arriba y hace mutis. José le espera al pie de la escalera. Marcos ha pensado rápidamente lo que va a hacer y se pega a la pared, ocultándose de sus hermanos. En seguida baja Daniel, con la escopeta.)*

DANIEL Dormía.

JOSÉ ¿Has cerrao?

DANIEL Sí.

JOSÉ Pues vamos. *(José se dirige a la puerta de primero izquierda. Daniel deja la escopeta contra la barandilla de la escalera. Entonces Marcos, con una vibración de todos sus nervios, se llega hasta la escopeta, la coge y se pone en acecho.)*

DANIEL ¡Fuerte! *(Se proponen violentar la puerta. Dentro, ellas creen que es Marcos.)*

JUANA ¿Andas aún por ahí, Marcos? Acuéstate, hijo.

JOSÉ ¡Malhaya...! ¡Despiertas!

BALBINA ¡Vete a dormir, Marcos...!

JOSÉ Pero no importa. *(Sigue forcejeando.)*

DANIEL ¿Puedes?

JOSÉ Sí. Aprieta bien. *(Empujan los dos.)* ¡Ahora! *(La puerta cede y se abre. Los dos hermanos se precipitan para entrar, pero en el mismo instante, dispara Marcos. Daniel se repliega contra la escalera, ileso. José, herido, retrocede unos pasos y cae de espaldas, casi en el centro de la escena. Marcos contempla horrorizado su obra, pero reacciona luego en risas y gritos. Las dos mujeres salen de su cuarto amedrantadas. Daniel se acurruca acobardado y arrepentido.)*

JUANA ¡¡Marcos!!

BALBINA ¿Qué has hecho, Marcos?

MARCOS ¡Ah, ah, ah...! ¡Ja, ja, ja...! Era malo, era malo... y lo ¡maté! ¡Ja, ja, ja, ja...! ¡¡Lo maté...!! ¡¡¡Lo maté...!!! *(Lloran amargamente las dos mujeres abrazadas. Marcos, gesticula, ríe, llora y grita como un demente.)*

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Las fotografías que ilustran la obra pertenecen a la película que, con igual asunto y título, filmó en España el Sr. Santacana

Obras de Emilio Gómez de Miguel

El antepasado. — Compañía Enrique Giménez.
El idiota. — Compañía Santacana.
La tragedia de Otelo. — Compañía Santacana.
Entre tinieblas. — Compañía Santacana.
En mitad del corazón. — Compañía Francisco Morano.
La segunda juventud. — Compañía Valenti.
El pueblo sin pan. — Compañía Manrique Gil.
Rayo de oro. — Compañía Nieves Lasa.
El asesino. — Compañía Antonio Domínguez.
Cuando ríe la mujer. — Compañía Alarcón.
Los hijos mandan. — Compañía Meliá-Cibrián.
La señorita del pijama. — Compañía Tudela-Portes.
El señor de la vida y de la muerte. — Compañía Ricardo Puga.
La mujer que pecó. — Compañía Meliá-Cibrián.
El mártir del calvario. — Compañía Rambal.
La aventura del clown Petit. — Compañía Narcisín.
El incendio de Roma. — Compañía Rambal.
París-París. — Compañía internacional de Revistas.
El príncipe Sergio. — Compañía Santacana.
Genoveva de Brabante. — Compañía Rambal.
Mujeres del día. — Compañía Bové-Torner.
Pecadora sin pecado. — Compañía Bové-Torner.
La chica del chicle. — Compañía Bassó-Navarro.
La honra de los hijos. — Compañía Osete-Espinosa.
Miguel Strogoff. — Compañía Rambal.
El diplomático amarillo. — Compañía Alcoriza.
La estrella de oriente. — Compañía Rambal.
El pirata del Volga. — Compañía Soler-Mary.
Mata-hari. — Compañía Gómez Hidalgo.
K-29. — Compañía Ramón Caralt.
Una, dos, tres. — Compañía Camila Quiroga.
El hombre que ríe. — Compañía Santacana.
El soldado desconocido. — Compañía Rambal.
Corazón de mujer. — Compañía María Teresa Montoya.
El proceso Ferrer. — Compañía Anita Tormo.
De la Ochrana a la Cheka. — Compañía Alcoriza.
El árabe. — Compañía Rambal.
El espíritu de Elvino. — Compañía Juan Calvo.
Adiós, mundo amargo. — Compañía Joaquín Torrents.
¡Abajo las armas! — Compañía Joaquín Torrents.